



# Es la hora de los seglares en la iglesia

**Desde todas partes se escucha un poderoso llamamiento, un clamor, a la evangelización. Evangelizar hoy es algo que no podemos dejar para mañana; a todos los cristianos nos urge y apremia. En manos de los seglares, está muy principalmente la obra de la nueva evangelización.**

Por su vocación específica, que los coloca en el corazón del mundo y al frente de las más diversas tareas temporales, los fieles cristianos laicos son particularmente llamados a llevar a cabo la renovación de nuestro mundo, de la humanidad: que en eso consiste evangelizar. Si no contamos con un laicado evangelizado y evangelizador no habrá Iglesia que evangelice. Y esto, no tanto por la escasez de sacerdotes, cuanto por la propia y específica vocación de fieles cristianos inmersos en el mundo.

Al igual que en los primeros tiempos, ahora los seglares están llamados a propagar la fe en Cristo por todas las partes. Los Apóstoles dirigían la misión, pero no sólo ellos la llevaron a cabo; los simples cristianos, los «cristianos de a pie», de la profesión o condición que fuese, llevaron el Evangelio a donde aun no habían llegado todavía los enviados «oficiales» de las comunidades establecidas. Sin la mediación de los cristianos laicos, es imposible la obra de evangelización; ellos llegan con toda naturalidad donde no podemos ni llegaremos nunca los Obispos o los sacerdotes. Y, sin embargo, en esos lugares está en juego la evangelización. Hago a todos los fieles cristianos laicos una llamada apremiante y urgente a que se unan, sin ningún temor, a la obra de la evangelización. Su tarea primera e inmediata es poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas escondidas, pero a su vez ya presentes y activas en las cosas del mundo. El campo propio de su actividad evangelizadora es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación de masas, así como de otras realidades abiertas a la evangelización como el amor, la familia, la educación de los niños y jóvenes, el trabajo profesional, el sufrimiento.

Cuantos más seglares haya impregnados del Evangelio, responsables de estas realidades y claramente comprometidos con ellas, competentes para promoverlas y conscientes de que es necesario desplegar su plena capacidad cristiana, tantas veces oculta y asfixiadas, tanto más estas realidades estarán al servicio de la edificación del Reino de Dios y, por consiguiente, de la salvación en Cristo Jesús (Pablo VI), y, en consecuencia, de hacer mejor nuestro mundo.

Es hora de actuar y de aportar la savia renovadora del Evangelio para recomponer el tejido social y moral de nuestro pueblo. Los seglares tienen la principal parte. Es su hora. Pido, desde aquí, a toda la Iglesia diocesana que, con

«**ID TAMBIÉN  
VOSOTROS  
A MI VIÑA**»

Mt. 20, 3-4

la fuerza de la gracia de Dios, hagamos un esfuerzo decidido por promover la corresponsabilidad y participación de los seglares dentro de la vida y misión evangelizadora de la Iglesia en conformidad con sus caracteres específicos de existencia cristiana.

Es necesario que con toda claridad y decisión nos propongamos ayudar a que nazca y se potencie un laicado maduro y comprometido en las realidades temporales, sin el que la Iglesia no podrá aparecer como luz y sal de la tierra. Apremia el que los hombres crean. Apremia el que nuestro mundo sea renovado con hombres nuevos. Por eso, invito con todas mis fuerzas a la comunidad cristiana, especialmente a los sacerdotes, a que hagan un llamamiento vigoroso a los cristianos laicos a que se incorporen al apostolado activo.

Primeramente a un apostolado individual, porque éste es la forma principal de todo el apostolado de los laicos. Se trata de una irradiación capilar constante y particularmente incisiva en el entorno en que el laico cristiano desarrolla su vida: el ámbito familiar, el del trabajo, el de las relaciones sociales, el del esparcimiento. De este apostolado individual nadie debe sentirse exento. Pero esto es insuficiente para la obra evangelizadora de la Iglesia. Se necesita un apostolado asociado, máxime en esta hora tan compleja que estamos viviendo. Por ello pido y exhorto a las comunidades y a los sacerdotes que inviten a los cristianos laicos a participar en el apostolado asociado, que es signo de la comunión y de la unidad de la Iglesia. No tengamos miedo al apostolado asociado. No veamos en este apostolado ningún riesgo para las parroquias; al contrario son fermento y acicate para su revitalización.

Debemos promover el apostolado asociado. Nuestra diócesis debe poner todo su empeño en ello; la estrecha unión de fuerzas es la única que vale para lograr plenamente todos los fines del apostolado. Debemos promover y favorecer la inserción de los cristianos laicos en los diferentes movimientos apostólicos laicales suscitados por el Espíritu Santo, reconocidos y aprobados por la Iglesia, acompañarlos y proporcionarles los elementos educativos necesarios. No hacer esto sería ir contra el mismo Espíritu Santo que es quien suscita los diferentes carismas de apostolado en la Iglesia. ¿Cómo vamos a ir o actuar contra el Espíritu?

Es necesario que nuestra diócesis, a través de la Delegación de Apostolado Seglar y de los responsables diocesanos de los diferentes movimientos, oriente a las parroquias, a los sacerdotes, a los seminaristas, sobre la naturaleza y sentido de los movimientos y asociaciones apostólicas, tanto en la ciudad como en el resto de los pueblos, los más adecuados a nuestra sociedad. Nuestra Iglesia diocesana ha de apoyar y fortalecer la Acción Católica conforme a las actuales orientaciones de los Obispos. Pero también debemos estar atentos a los nuevos Movimientos y caminos que el Espíritu Santo ha suscitado y suscita actualmente en la Iglesia como formas de asociación apostólica y que están siendo una riqueza y un estímulo para la Iglesia; en ellos hay vida. Se trata de relanzar el apostolado de los laicos y de las asociaciones apostólicas en nuestra diócesis.

+ Antonio Cañizares Llovera  
*Arzobispo de Toledo, Primado de España*  
Junio, 2003